

¿Satisfacciones! ¿no infama  
A un noble tan vil ficción?  
¿Aplacar mi indignación  
Para quitarme mi dama!

*Don Pedro.*

¿Vuestra? pues ¿de cuándo acá?  
¿Quién de eso á mí me enteró?

*Don Blas.*

¿Cómo? ¿lo que aquí pasó  
Habeis olvidado ya?  
Para calmar mi querella,  
¿No me dijisteis no ha nada,  
Que al saber que era mi amada,  
Rompisteis luego con ella?

*Don Pedro.*

Que era Julia, por mi fe,  
Yo, don Blas, nunca entendí;  
Y la que vuestra creí  
Al momento abandoné.

*Don Blas.*

¿Quién pudisteis presumir  
Que fuera sino Julieta?

*Don Pedro.*

Preguntádselo al poeta,  
Que nos lo podrá decir.

*Don Blas.*

Si se mezcló don Sempronio  
En eso, casi os escuso;  
Mas por mi parte recuso  
Tan indigno testimonio.

*Don Sempronio.*

(A don Pedro.)

Y ¿ni oyendo tal reproche,  
Dejareis que el labio abra?

*Don Pedro.*

Vos me habeis dado palabra  
De callaros esta noche;  
Y nadie el respeto os pierde,  
Aunque os maltratara mas.  
¿No dijisteis: « De don Blas  
Dama es la del gaban verde? »

*Don Sempronio.*

Verdad, pues no por juguete  
Don Blas aquí me diria:  
« Esa dama es cosa mia;  
Haced que se la respete. »

*Don Blas.*

Cierto que....

*Doña Antonia.*

¿Gentil donaire!

¿Con que tu mentira vana  
Fué la que á tu pobre hermana  
Espuso á tanto desaire?

*Don Pedro.*

¿Su hermana? Escusable así  
(A Rosita.)

Hallareis mi error ahora.  
Si rompí con vos, señora,  
Fué porque de otro os creí.  
Por lo demas, no este error  
De reconvenccion me exima,  
Si hice á mi futura prima  
Nunca el desaire menor.  
Y que jamas lo hice yo  
A ninguna muger, digo.

*Rosita.*

¿Ni aun cuando estaba al abrigo  
La dama del dominó?

*Don Pedro.*

Que no os entiendo, confieso.  
Don Sempronio, hablad por Dios,  
Pues sin duda fuisteis vos  
Tambien el que enredó eso.

*Don Sempronio.*

Yo de chacota y de risa  
Buscar quise una ocasion,  
Y no con otra intencion  
Usurpé vuestra divisa.

*Don Pedro.*

Ved como el hombre confiesa.

*Don Blas.*

Por gratitud nos embroma,  
Y el cargo sobre sí toma  
Que solo sobre vos pesa.

*Don Pedro.*

Sobre mí no pesa nada;  
De nada me reconvegno.

*Don Blas.*

¿De nada? pues yo sostengo  
Que me robasteis mi amada.

*Julieta.*

A esa queja singular  
Me toca á mí responder.

¿Viste tú robar muger  
Que no se deja robar?

*Doña Antonia.*

Basta, que ya es demasia  
Tan pública confesion.

*Julieta.*

No es sino satisfaccion,  
Que os da la franqueza mia.  
Yo no os la debo en verdad  
Ni á vos ni á nadie en el mundo,  
Mas nuevos derechos fundo  
Con ella á vuestra amistad.  
La ocasion es oportuna,  
Y en aprovecharla medro,  
Pues así á nadie de Pedro  
Podrá quedar queja alguna.

*Don Pedro.*

Tampoco dejaré yo  
Que á tí sin razon se arguya,  
O se impute á falta tuya  
Nada de lo que pasó.  
De burlas y sin doblez  
Trataste de amor quimeras;  
Pero las burlas en veras  
Se truecan alguna vez.  
Nada hiciste, si se advierte,  
Para enamorarme aquí;  
Si mi eleccion fijé en tí,  
Lo hizo mi suerte ó tu suerte.

Y está visto que no basta  
Contra ella esfuerzo ó porfia,  
Puesto que la de tu tia  
Su influencia no contrasta.  
Cuanto á don Blas, si fué pura  
Su pasion, tendrá en estima  
Al hombre que de su prima  
Va á asegurar la ventura.  
Esta de su padre anciano  
Es tambien la confianza,  
Y con tan dulce esperanza  
Otorga á mi amor su mano.  
Vos, Rosita, en mi alegría  
Gozaos con vuestra alma toda:  
Yo bailaré en vuestra boda,  
Si vos bailais en la mia.  
De todos un testimonio  
De amistad merecer creo;  
Y vos tambien mi himeneo  
Celebrareis, don Sempronio.  
Un epitalamio espero;  
Y pensad bien que es mas sano  
Ser poeta cortesano,  
Que satírico coplero.  
Así con mucha razon  
Podré yo decir despues:  
Baile de máscara es  
La mas linda diversion.

FIN.

#### TRADUCCIONES DE HORACIO.

##### ODA III DEL LIBRO III.

« Justum ac tenacem... »

De ciega plebe el vocear insano  
No conmueve al varon constante y justo,  
Ni de su pensar recto el ceño adusto  
Le aparta del tirano;  
Ni el austro, que del Adria remugiente  
Su rabia en la onda muestra;  
Ni de Jove potente  
La fulminante vengadora diestra.  
Si los orbes se hundieran,  
Las ruinas impertérito le hirieran.  
Polux así y el vagaroso Alcides

Han de la luz á la region subido ;  
 Así Augusto su labio enardecido  
 Entre ambos adalides  
 Inunda con la célica ambrosía.  
 A la coyunda atados  
 Así tu carro un día,  
 Baco, arrastraron tigres no domados.  
 De Marte así en el coche  
 Rómulo huyó los reinos de la noche.  
 Al verle, en medio el circo luminoso  
 Juno así en grato acento prorumpiera :  
 « Ilion, Ilion, una extranjera  
 Y un juez incestuoso  
 En polvo y en pavesas te tornára.  
 Desque de lo pactado  
 Los dioses defraudára  
 Laomedonte, su pueblo abandonado  
 Fué, con el jefe impío,  
 De Minerva al rigor y al furor mio.  
 De la adúltera Helena el huespe altivo  
 No ostenta ya su gracia y donosura,  
 Ni la casa de Príamo perjura  
 Al formidable argivo  
 De Héctor contrasta ya con la pujanza.  
 La guerra ha fenecido  
 Que encendió mi venganza ;  
 Yo misma al nieto odioso, al hijo habido  
 En troyana consorte,  
 Retornaré á los brazos de Mavorte.  
 Que á beber llegue el néctar regalado ;  
 Que á ocupar venga el tachonado asiento,  
 De los dioses á par ; yo lo consiento,  
 Mientras que ponto airado  
 Entre la Italia é Ilion retumba.  
 Reine el Frigio do quiera  
 Feliz, mientras la tumba  
 De Páris y de Príamo la fiera  
 Con su rugir insulte,  
 Dó sus cachorros sin temor oculte.  
 Y el venerando Capitolio miedo  
 Triunfante inspire á los lejanos reyes,  
 Y la invencible Roma dicte leyes  
 Al subyugado medo ;  
 Y vuele, y vuele, porque al mundo asombre,  
 Hasta el clima lejano  
 El romano renombre,  
 Donde estrecho profundo al africano

Separa de la España,  
 Y á los campos que el fértil Nilo baña.  
 No con mano sacrilega el soldado  
 Querrá apropiarse el escondido oro,  
 Y hollará fuerte el pérfido tesoro,  
 Muy mejor colocado  
 En las entrañas de elevada sierra.  
 Sus armas, sus blasones  
 Al confin de la tierra  
 Estienda vencedor, de las regiones  
 Que bruma eterno hielo,  
 Hasta dó Febo abrasa el mustio suelo.  
 Pero que no, del próspero destino  
 Y su piedad ufanos y seguros,  
 Reparar piensen de Ilion los muros  
 Los hijos de Quirino.  
 Con funestos auspicios renacieran,  
 Y con fatal estruendo  
 De nuevo hundidos fueran ;  
 De Júpiter supremo conduciendo  
 Yo la hermana y la esposa,  
 La hueste nuevamente victoriosa.  
 Si veces tres sus torres levantára  
 De bronce el rubio dios, tres con el fuego  
 En cenizas tornára el valor griego :  
 Tres cautiva llorára  
 Al esposo y los hijos la matrona... »  
 Mas ¿ dó elevando el vuelo,  
 Vas, Musa juguetona ?  
 No á tí contar las pláticas del cielo  
 Se dió, portento tanto  
 No tú amenguases con tu humilde canto.

## ODA XI DEL LIBRO III.

« Mercuri, nam te... »

Dulce Mercurio, pues por tí enseñado  
 Anfon las piedras con su voz movia ;  
 Y tú algun dia desdeñada siempre,  
 Siempre callada,  
 Ora preciada en templos y festines,  
 De siete cuerdas resonante lira,  
 Versos me inspira, á que la dura Lide  
 Preste el oido.  
 Que, aun no probadas del amor las glorias,  
 Cerril novilla en espaciosa vega,  
 Retoza y juega, para ardiente esposo

No sazónada.

Parar los ríos, domeñar los tigres,  
Y arrastrar puedes selvas y montañas;  
Tú las entrañas del guardian del Orco

Dulce moviste;

Del can triforme, que hórrida cabeza  
Alza crinada de serpientes ciento,  
Y hediondo aliento de su inmunda exhala

Boca trilingüe.

Y sonrieron Ixion y Ticio,  
Y á las Danáides el atroz tormento  
Tu blando acento mitigára un punto,

Lira suave.

De aquellos monstruos el castigo escuche  
Lide y la culpa, y en trabajo infando  
Sin fin llenando su tonel vacío;

Oiga las penas

Que á los delitos el Averno guarda:  
De sus esposos (¡ execrable crimen!)  
Fieras esgrimen contra el seno inermes

Bárbaro hierro.

Una tan solo con perjurio noble  
Frustra del padre el pérfido deseo,  
Del himeneo digna, y que á los siglos

Vuele su nombre.

Alzate, esposo, dícele, y evita  
Que sea aqueste tu postrero sueño;  
Del suegro el ceño y las hermanas burla,

Burla malvadas.

A sus maridos despedazan ellas,  
Como leonas que el furor acosa,  
Mientras piadosa ampararé tu fuga

Yo sin herirte.

De duros hierros cárgueme mi padre,  
Porque á mi esposo conservé la vida,  
O del numida lánzame al lejano

Arido suelo.

Ve dó las auras ó los piés te lleven;  
Ve, de la noche y Vénus protegido;  
Y agradecido nuestra historia graba

Sobre mi tumba.

ODA II DEL LIBRO IV.

« Pindarum quisquis... »

De cera en alas se levanta, Julio,  
Quien competir con Píndaro ambicione,

Icaro nuevo, para dar al claro

Pielago nombre.

Cual de alto monte despeñado río,  
Que hinchan las lluvias y sus diques rompe,  
Hierva, é inmenso con raudal profundo

Píndaro corre.

Por siempre digno del laurel de Apolo,  
En metro libre y peregrinas voces  
Los atrevidos ditirambos ora

Nobles entone;

Ora á los dioses, á los reyes ora,  
Progenie escelsa de los dioses loe;  
De los Centauros y la atroz Quimera

Los domadores;

O al pugil claro, que la elea palma  
Al cielo eleva, ó rápidos bridones  
Inmortalice en canto duradero

Mas que los bronce;

O llore al jóven al amor robado,  
O áureas costumbres, ánimo y blasones  
Alce á los astros, porque torpe olvido

Nunca los borre.

Sostiene el aura al cisne de Dircea,  
Si de las nubes se alza á las regiones;  
Mientras de Tibur, Julio, en el sombrío

Húmedo bosque,

Pequeño ajusto cabe la onda pura  
En largo afán al metro mis canciones,  
En largo afán, cual la industriosa abeja

Liba las flores.

Con mejor plectro cantarás tú á César,  
Cuando potente á los sicambros dome,  
Que ate á su carro, y triunfador sus sienes

Lauro decore.

Nada mas grande ni mejor al suelo  
Que César dieron los benignos dioses,  
Ni darán nunca, aunque la edad de oro

Plácida torne.

Del fuerte Augusto en la anhelada vuelta  
Dirás de Roma el júbilo conforme,  
Dirás del foro libres de querellas

Los artesones.

Y, si es que oida ser mi voz merece,  
¡Día felice! cantaré yo entonces,  
Cargado César á nosotros vuelva

Hoy de blasones.

Y ¡ triunfo, triunfo! todos entonemos,

Mientras la pompa al Capitolio corre,  
 Y arder hagamos en honor al cielo  
     Suaves olores;  
 Y tú diez vacas, Julio, con diez toros,  
 Y yo un ternero destetado inmole,  
 Que á la segur en la pradera opima  
     Ya se dispone.  
 El corvo disco de naciente luna  
 Su frente imita, que lunar ornóle  
 Cual nieve blanco; de color el resto  
     Todo de bronce.

## ODA IV DEL LIBRO IV.

« Qualem ministrum... »

Cual águila rapante,  
 Armígera de Jove denodada,  
 A quien el dios tonante  
 El reino dió de la familia alada,  
 Cuando á las altas sedes  
 Trasladó fiel al rubio Ganimedes;  
     Impetuoso aliento  
 Y valor heredado la lanzaron  
 Primero al vago viento,  
 Y las auras mas tarde la enseñaron  
 De fin de primavera  
 A surcar asustada la ancha esfera;  
     Los brios juveniles  
 Enemigo empujaronla furioso  
 Despues á los rediles,  
 Y, fuerte en fin, sobre el dragon sañoso,  
 Con bien seguro vuelo,  
 De presa y lides la arrojó el anhelo;  
     O cual la juguetona  
 Cabra, paciendo en el ópimo prado,  
 De la roja leona  
 Ve correr al cachorro destetado,  
 Y teme de su enojo  
 Y su naciente garra ser despojo;  
     Así al pié combatiendo  
 De los réticos Alpes miró á Druso  
 El vindelicio horrendo,  
 De hacha amazona acostumbrado al uso;  
 Y su nacion que antes  
 Triunfó de cien naciones arrogantes,  
     Del jóven héroe un dia

Por la prudencia y el valor domada,  
 Probó lo que podia  
 Una índole felice cultivada  
 So faustos artesones,  
 Y de Augusto el amor por los Neronos.  
     Hijo bueno y brioso  
 El padre engendra valeroso y pio;  
 Muestra el bridon fogoso,  
 Muestra el novillo de su raza el brio,  
 Ni el águila guerrera  
 A la paloma tímida el ser diera.  
     Mas las sabias lecciones  
 La virtud heredada fortalecen;  
 Los tiernos corazones  
 Enseñanza y ejemplos robustecen,  
 Y allí do el vicio brilla,  
 Luego la mejor índole mancilla.  
     Cuánto, cuánto has debido,  
 Roma, á los Claudios, gritan el Metauro  
 Y Asdrubal destruido,  
 Y el feliz dia en que de verde lauro  
 Orlónos y de gloria,  
 Riendo la abundancia y la victoria;  
     En que el nubloso velo  
 Vió roto Italia por la vez primera,  
 Desde su triste suelo,  
 Cual llama en la maleza, recorriera  
 El feroz africano,  
 O cual euro en el golfo siliciano.  
     A nuestros campeones  
 Nuevos triunfos de entonces coronaron,  
 Inmortales blasones;  
 Y en los templos, que un tiempo devastaron  
 Los púnicos furores,  
 Se levantaron dioses vengadores.  
     Y « ¿ en pos de esos guerreros,  
 Cuando valiera mas saber huillos,  
 De los leones fieros  
 A ser mísera presa, cervatillos  
 Corremos asustados? »  
 Dijo Aníbal en ecos lastimados.  
     « Tal como el roble añoso,  
 Que en la alta cima del feraz Algido,  
 Del ramage pomposo  
 Despoja la segur, y de ella herido,  
 Nuevo vigor recibe,  
 Y con pompa mayor brota y revive,

« Tal es la hueste osada ,  
 Que del ponto por medio los embates ,  
 De Ilion incendiada ,  
 Los tiernos hijos , salvos los penates  
 Y los padres ancianos ,  
 Trajo en fin á los campos italianos .

« No á Alcides combatia ,  
 Que de verse vencido se irritaba ,  
 Mas feroz la hidra impía ,  
 A quien el hierro fuerzas aumentaba ,  
 Ni tan horrible fiera  
 Tebas jamas ni Colcos produjera .

« Si los sumes al ponto ,  
 Con brillo se alzarán ; si emprenden lides ,  
 Postrar los verás pronto  
 A los mas vigorosos adalides ,  
 En hazañas gloriosas  
 Dando de que hablar siempre á sus esposas .

« No ya nuncios de holganza  
 Enviaré á Cartago ó de victoria :  
 Finó nuestra esperanza ;  
 Hundió con nuestro lustre y nuestra gloria  
 De Asdrubal el estrago ,  
 La fortuna del nombre de Cartago . »

¿ A qué la Claudia gente ,  
 A qué no bastará ? Jove supremo  
 Con su favor potente  
 Siempre la escuda , y en el riesgo extremo  
 Jamas la desampara  
 La noble calma , la prudencia rara .

ODA II DEL LIBRO V.

« Beatus ille... »

Feliz quien de negocios alejado ,  
 Cual en la edad los hombres primitiva ,  
 Con sus bueyes cultiva ,  
 De usuras libre , el suelo que ha heredado .

Que no el clarin de Marte le despierta ,  
 Ni el mar bramante turba su reposo ,  
 Ni del foro ruidoso  
 Ni del vano señor sitia la puerta .

Mas al olmo los vástagos mayores  
 Marida de la vid , y en la llanura ,  
 Desde la alegre altura ,  
 Ve pacer sus novillos mugidores .

Las endeables ovejas ora esquila ,  
 O estéril rama vigoroso hiere ,  
 Y otra fecunda ingiere ,  
 O la miel pura del panal destila .

Si de frutas y pámpanos ceñidas  
 Alza otoño sus sienas placenteras ,  
 ¿ Cuál las ingertas peras ,  
 Y las uvas de púrpura teñidas

Coger le agrada , de que á tí , Silvano ,  
 Divino protector de los linderos ,  
 Los presentes primeros ,  
 O Priapo , y á tí consagra ufano !

Alguna vez de la frondosa encina  
 Al pié se acuesta , ó sobre el musgo blando ;  
 Y las aves trinando ,  
 Y bullendo la fuente cristalina ,

Y despeñada de la altiva sierra  
 Rodando al valle la argentada espuma ,  
 Sus párpados abruma  
 El blando sueño que sus ojos cierra .

El invierno á su vez torna escoltado  
 De aguas y truenos y de escarcha fria ;  
 Y ó con larga jauria

Hunde en la trampa al jabalí ostigado ,  
 O en placeres suaves se embriaga ,  
 Red al tordo voraz fina tendiendo ,  
 O en el lazo cogiendo

Lebrato corredor ó grulla vaga .

¿ Quién , disfrutando tan tranquila vida ,  
 No olvida , amor , tu servidumbre odiosa ?  
 Y si la casta esposa

Los dulces hijos y la casa cuida ,  
 Y asomando el consorte fatigado ,  
 Los secos leños sobre el fuego hacina ,  
 Cual la honrada sabina ,  
 O la muger del ápulo tostado ;

Sus cabras entre mimbres con presteza  
 Encierra , que en seguida va ordeñando ;  
 Luego , vino sacando ,  
 Manjares no comprados adereza ;

Las ostras yo por mesa semejante  
 Del Lucrino y los sargos despreciára ,  
 Si alguno aquí llegára ,  
 Empujado del soplo del levante .

¿ Qué el esquisito francolin joniano ,  
 Ni de Africa la polla regalada  
 Valdria , comparada

Con la oliva cogida por mi mano,  
 La saludable malva, ó la acedera,  
 O el cabrito arrancado al torvo diente  
 De la loba inclemente,  
 O á Término inmolada la cordera?  
 ;Cuál ver agrada á la repleta oveja,  
 De en medio este festin, acelerada  
 Tornar á la majada,  
 Y al reves vuelta la luciente reja  
 Ver arrastrar los bueyes fatigados;  
 Y en torno del hogar que limpio brilla,  
 De esclavos la gavilla,  
 Riqueza de su dueño, colocados!  
 Así hablando, á abrazar la vida pura  
 Del campo se aprestaba Alfio el logrero:  
 Recoge su dinero  
 Al fin del mes, y al otro lo da á usura.

## EPISTOLA XIV DEL LIBRO I.

« Villice, sylvarum... »

Tú, mayordomo de mi quinta amena,  
 Que á mí la paz me vuelve y la alegría,  
 Y á tí de miedo y de fastidio llena,  
 Aunque es de cinco casas la alquería,  
 Y á las juntas de Varia se asegura  
 Que cinco votos enviaba un día;  
 Veamos quien estirpar mejor procura,  
 Tú la mala raiz que infesta el prado,  
 O yo del pecho la zozobra dura.  
 Veamos quien está en mejor estado,  
 La heredad, ó su dueño. Si á mí ahora  
 En Roma me retiene aprisionado  
 Del dolorido Lamia que aquí mora  
 El sentimiento y la piedad sincera,  
 Que al muerto hermano inconsolable llora;  
 Mi alma al campo volar ansia y espera,  
 Y ver desaparecer cuanto la empece  
 El que pueda saltar esta barrera.  
 Todo en el campo dicha me parece,  
 Y á tí en Roma. Su suerte odia y moteja  
 Quien la del otro alaba ó apetece.  
 Pero sin causa del lugar se queja;  
 La culpa es del espíritu turbado,  
 Que unido al hombre, nunca de él se aleja.  
 Cuando aquí eras mi último criado,  
 Por el campo anhelabas; campesino,

Ahora por la ciudad estás penado.  
 Yo, cual te consta, igual, siempre mohino  
 Dejo el campo, si algun negocio urgente  
 Tal vez me arrastra á aqueste torbellino.  
 Ambos queremos cosas diferentes;  
 Por eso diferimos mas ó menos:  
 Sitios que inhabitables á las gentes  
 Tú te figuras, conceptua amenos  
 El que como yo piensa, y abomina  
 Los que de encantos tú reputas llenos.  
 Mas lo que á la ciudad á tí te inclina  
 Es, bien lo veo, el lupanar surtido,  
 Y el olor del figon y la cocina;  
 Y que en ese rincon tan escondido,  
 Primero criarás que el sarmiento,  
 De la Arabia el incienso apetecido.  
 Ni hay la taberna que te da contento,  
 Ni cortesana que á los gratos sonos  
 Te haga bailar de rústico instrumento.  
 Y á mas, dices, de tantas privaciones,  
 Un campo labrar debo todo el día,  
 Donde en años no entraron azadones;  
 Pensar los bueyes en la noche umbría,  
 Y cuando porque viene un aguacero,  
 Gozar de algun reposo se podia,  
 Es menester salir del agujero,  
 Y alzar un malecon, porque el torrente  
 Hinchado al mar no lleve el campo entero.  
 Oye, porqué nuestra opinion disiente:  
 Tú sabes que algun dia me gustaba  
 Toga fina y cabello reluciente.  
 Sin regalarla sabes que me amaba  
 Cínara, y que á vaciar la copa llena  
 Tal vez al mediodía yo empezaba.  
 Ahora me agrada una ligera cena,  
 Y al grato murmurar de fuente pura  
 Dormir tranquilo en la pradera amena.  
 Lo que fué no me humilla ni me apura;  
 Pero de lo que sí me avergonzará  
 Fuera de prolongar ya mi locura.  
 En el campo la envidia en mí no para  
 Sus torvos ojos ni su diente airado,  
 Y el odio mis placeres no acibara;  
 Aunque ria tal vez de mi cuidado  
 El vecino, al mirarme removiendo  
 Las piedras, ó el terron que alza el arado.  
 Tú quisieras en Roma estar royendo

De los esclavos la racion pequeña,  
Y en deseo tan triste estás ardiendo.  
Y aquí otro esclavo á desear te enseña,  
Y envidioso contéplate y atento,  
Porque tienes ganado y huerto y leña.  
Ama ricos jaeces el buey lento,  
Y el fogoso bridon arar prefiere:  
Mi opinion es, que cada cual contento  
La profesion ejerza que supiere.

## SATIRA II DEL LIBRO I.

« Ambubaiarum collegia... »

Mustia se ve y mohina la bandada  
De parásitos, músicos, danzantes,  
Vendedores de drogas y pomada,  
Y toda la caterva de tunantes.  
Murió Tigelio, el músico famoso,  
Que fué en verdad con ellos generoso.  
Por el contrario á alguno estamos viendo  
Que ser llamado pródigo temiendo,  
Será muy raro que á un amigo ofrezca  
Con que del hambre ó frio se guarezca.  
Si preguntas á aquel porqué disipa  
Su pingüe herencia en bromas y banquetes,  
Y para renovarlos el dinero  
Toma á gruesa usura,  
Dice: « Tacaño parecer no quiero; »  
Y uno lo alaba, y otro lo murmura.  
Rico es Fufidio en tierras y billetes,  
Todo, todo le sobra,  
Mas de dissipador teme la fama;  
Cinco por ciento al mes de interes lleva,  
Que adelantados por su mano cobra;  
En el mas arruinado mas se ceba,  
Y anda siempre tras jóvenes novicios,  
A quienes para vicios  
Su caudal padres duros no prodigan.  
Al oír esto mil habrá que digan:  
¡Júpiter sumo! pero aquel siquiera  
Gastará en proporcion de lo que gana.  
¡Qué! no puedes creer cuanto se afana:  
El viejo de Terencio, apesarado  
De su hijo por la huida,  
No se dió peor vida,

Que se da esté usurero desdichado.  
Quizá aquí alguno á preguntarme venga  
Donde voy á pasar con esta arenga.  
A que cuando un extremo el loco evita,  
En el opuesto al fin se precipita.  
Paséase Maltino con mesura  
La túnica arrastrando, y hay alguno  
Que la lleva cogida á la cintura.  
Huele Rufilo á almizcle, otro á chotuno;  
En el medio jamas se está ninguno.  
Una ama á la matrona  
De quien cubren los piés sedas y granas;  
Otro prefiere lindas cortesanas,  
Y del precepto de Caton blasona,  
Que á cierto caballero viendo un dia  
Que de un burdel salia:  
« Eso es, le dijo, sí, cuando repares  
Que el incendio de amor arde en tus venas,  
Es muy mejor bajar á esos lugares,  
Que las mugeres corromper ajenas. »  
Pues yo, Cupienio dice,  
Que la alta estirpe aprecia sobre todo,  
No quiero que me alaben de ese modo.  
A vosotros que de estos el capricho  
Veis con indignacion, bueno es que os cuente  
Que no llegan al fin impunemente,  
Y que con riesgos y dolor disputan  
Aquel placer que rara vez disfrutan.  
Uno tuvo que echarse del tejado,  
Otro hasta perecer fué apaleado,  
Este al huir dió en manos de ladrones,  
Aquel se rescató con sus doblones,  
De los unos criados abusaron,  
Esotros mutilados escaparon;  
Y mientras todo el mundo esto aprobaba,  
Galba tan solo malo lo encontraba.  
¡Cuánto mejor se escapa con las otras!  
Con las de menos clase decir quiero.  
El buen Salustio empero,  
Tal por ellas se inflama,  
Cual esotro por una ilustre dama.  
Si él obrára con seso,  
Y fuera generoso sin esceso,  
Su opinion no arruinára y su fortuna.  
Pero en decir complácese: « A ninguna  
Matrona jamas toco. »  
Tambien Marseo el loco,

Todo cuanto tenía  
 Gastando con su cómica, decía:  
 « Nada, señores, nada;  
 No se me hable de muger casada. »  
 Muy bien; mas por rameras, por actrices  
 El mísero enloquece,  
 Y mas la fama que el caudal padece.  
 ¿ Piensas que es la persona la dañosa?  
 Pues no, no es la persona, que es la cosa.  
 Siempre malo se entienda,  
 La honra perder ó malgastar la hacienda;  
 Malo en todo lugar y á toda hora,  
 Y sea con criada ó con señora.  
 Del esplendor del nombre seducido  
 Por amar Vilio á Fausta, hija de Sila,  
 Llevó su merecido;  
 Y mientras muy tranquila  
 Ella se estaba allá con Longareno,  
 De la casa espelido  
 Se fué él de golpes y de heridas lleno.  
 ¿ Como si cierta parte hablar pudiera  
 A aqueste le dijera;  
 ¿ Por ventura reclamo  
 La hija de un cónsul yo, cuando me inflamo?  
 Y ¿ qué responderia aquí el tal hombre?  
 Era del padre tan ilustre el nombre....  
 ¿ Cuán de otro modo en caso tal se esplica  
 Naturaleza con sus bienes rica!  
 No confundas, si oír su voz blasonas,  
 Lo que amar ú odiar debes, ni atribuyas  
 A la naturaleza culpas tuyas.  
 De seguir deja pues á las matronas,  
 Si de ello arrepentirte al fin no quieres,  
 Que mas disgustos causan que placeres.  
 Si muestran de costosa pedrería  
 El cuello y dedos llenos,  
 Entre esta de que gustas pompa vana,  
 Su interior muchas veces vale menos,  
 O Cerinto, que el de una cortesana:  
 Esta su mercancía,  
 Sin disfraces ostenta donde quiera;  
 Lo que de venta está de mostrar trata,  
 Lo que tiene de bueno no pondera,  
 Lo que tiene de malo no recata.  
 Y no de otra manera  
 Hace un rico señor; para comprarlos,  
 Descubre bien, registra los caballos;

Y aunque se haya prendado  
 Del cuello levantado,  
 El anca airosa y la cabeza chica,  
 A examinar los piés tambien se aplica.  
 Y tú las perfecciones de tu amada  
 Mas perspicaz descubres que Linceo,  
 Y luego de lo feo,  
 Muy mas que Hipsea ciego, no ves nada.  
 ¿ Qué brazos, cielos, qué garganta! dices:  
 Y caderas no tiene,  
 Y tiene media legua de narices,  
 Con un talle de un dedo,  
 Y unos piés tan enormes que dan miedo.  
 En las matronas todo se te escapa,  
 Y nada puedes ver sino la cara;  
 Y á no ser una Cacia, que es muy rara,  
 Lo demas el vestido se lo tapa.  
 Pues supongamos ya que á mas anhelas:  
 ¿ Qué embarazos, qué penas tan amargas!  
 Amigas, centinelas,  
 Modistas importunas,  
 Literas, sayas largas,  
 Mil cosas que te dejan en ayunas.  
 Con las otras la cosa es diferente;  
 A favor del diáfano vestido  
 Ves si la pierna es buena, el pié pulido,  
 Y calculas el talle fácilmente.  
 Y ¿ querrás que de tí la otra se ria,  
 Y pagarla sin ver la mercancía?  
 « De la liebre medrosa  
 Veloz el cazador sigue la huella;  
 En el plato despues la halla sabrosa,  
 Y si otro la mató, no llega á ella.  
 Así es mi amor, lo fácil lo desdeña,  
 Y en pos de lo difícil se despeña. »  
 Tal dice la cancion, ¿ mas con canciones  
 Pretendes tú calmar tu inquietud dura?  
 Un término natura  
 Señaló á tus deseos y aficiones;  
 A conocerlo aplícate prudente,  
 Y estudiando lo que ella  
 Rehusa que le nieguen ó consiente,  
 Podrás con buen aviso  
 Lo inútil discernir de lo preciso.  
 ¿ En vaso exiges tú beber dorado  
 Cuando la sed te ostiga?  
 Si el hambre te fatiga,



¿Pides pavón ó rombo regalado?  
 Y cuando amor agujate tirano,  
 Que te devore sufrirás su llama,  
 Porque lo que desees no esté á mano?  
 Yo de esos no soy, no; yo quiero dama  
 Dispuesta y fácil en cualquier extremo;  
 Y como dice el sabio Filodemo,  
 Aquella que se venga con « mas tarde, »  
 « Cuando salga mi esposo, »  
 « Pues bien, dame algo mas, » esa se guarde  
 Para hombre á quien amor nunca moleste.  
 La que poco me cueste,  
 La que llamada se presente al punto,  
 Limpia, blanca, bien hecha, buen conjunto,  
 La que tal se me muestre como sea,  
 Esa es la que me halaga y me recrea.  
 Iliá, Egeria la llamo,  
 Y mil nombres la doy cuando me inflamo;  
 Sin temor de que venga su marido,  
 La puerta á golpes hunda,  
 Ladre el perro, entre el ruido y barahunda,  
 Del lecho sin sentido  
 La señora se arroje macilenta,  
 Y esclame « ¡Ay infeliz! » la confidenta:  
 Aquella tiemble de perder su dote,  
 Aquesta su cogote,  
 Y yo que huir las faldas  
 Tenga, porque no paguen mis espaldas,  
 O mi hacienda ó mi honor no sufra agravio,  
 Descalzo y desceñido.  
 Es tristísima cosa ser cogido;  
 Tristísima, pregunténselo á Fabio.

## CALDERON

(DON SERAFIN E.).

Nació en Málaga, á principios de este siglo, de familia distinguida. Hizo sus primeros estudios y los de matemáticas y filosofía en los clérigos menores, bajo la dirección de los padres García y Cordero, célebres por sus conocimientos é ilustración. Pasó luego á Granada á seguir la carrera de leyes en la Universidad, en donde ganó pronto un nombre. En el año de 1822 se le confirió la cátedra de retórica y bellas letras, en cuyo tiempo escribió muchos versos notables por su buen gusto y sobre todo por la destreza y esmero con que en ellos se manejaba la lengua. Recibido á poco de abogado, volvió á Málaga, en donde desempeñó varios cargos honrosos en su carrera, prosiguiendo al mismo tiempo en el cultivo de las letras. En el año de 1830 pasó á Madrid, en donde publicó á poco un tomo de poesías, bajo el nombre del *Solitario*, que mereció el aplauso de los conocedores. Entró tanto escribía en las Cartas españolas, único periódico literario que entonces se publicaba, ciertos artículos de costumbres andaluzas llenos de verdad y chiste que ayudaron á darle mas nombradía. Al propio tiempo cultivaba con toda la constancia que exige tan difícil estudio la lengua árabe, logrando adquirir en ella conocimientos no vulgares. En 1833 fué comisionado por el gobierno para escribir unos principios de administración tomando por tipo los que escribió en frances Juan Carlos Bonnin. En principios de 1834 fué nombrado auditor general del ejército del norte, en donde siguió por tres años participando de las fatigas y glorias del soldado: en 1836, con retención de su cargo de auditor, se le nombró gobernador civil de Logroño. Cuando los acontecimientos de agosto de aquel año obtuvo licencia para restablecerse de una grave caída de caballo y regresó á Madrid, en donde volvió á aplicarse al estudio. Preparó entonces para la prensa su novela de *Cristianos y Moriscos* y comenzó á buscar, copiar, allegar y coordinar todos nuestros cancioneros y romanceros, así impresos como inéditos, por si algun dia puede acometer la empresa de una colección completa de estos tesoros de la literatura española. A fines de 1837 fué nombrado jefe político de Sevilla, en cuya capital realizó varias mejoras artísticas, administrativas y literarias. Estableció un liceo en donde al punto aparecieron las muestras del ingenio y del pincel sevillano, erigió un museo en donde se custodiasen las obras de los insignes maestros andaluces, y salvó de la destrucción millares de volúmenes y preciosidades, reuniendo una biblioteca acaso la mejor de España. Cuando iba planteando otras nuevas mejoras y perfec-